

LA FIGURA DEL SACERDOTE EN *PEDRO PÁRAMO*

RAFAEL CAMORLINGA

Universidade Federal de Santa Catarina
rafaelca@cce.ufsc.br

Resumen

La omnipresencia del factor religioso en *Pedro Páramo* es un hecho. Trántándose de la religión católica es indispensable la presencia del sacerdote, el padre Rentería. Personaje de gran complejidad, aparece en los momentos clave de la *diégesis*. Su actuación en la “parroquia” de Comala es preponderante, aunque su liderazgo debe supeditarse al de Páramo. Agobidado por las dudas e impotente ante los problemas de sus feligreses, Rentería decide adherirse a la revolución cristera.

Palabras clave: literatura, religion, literatura y religión.

Abstract

It is a proven fact that religion plays a significant role in Rulfo's *Pedro Páramo*. Since the religion in question is the roman catholic, it calls for the presence of the pastor; in this case padre Rentería. He is a complex character whose performance goes throughout the key passages of the novel. Yet the carrying out of his mission depends on Paramo's whims. Eventually overwhelmed by doubts and confronted with the problems of his parishioners the priest joins the *cristeros'* revolt.

Keywords: literature, religion, literature and religion.

El papel destacado que desempeña la religión en la novela de Juan Rulfo¹, por una parte, y la importancia otorgada a los ministros en el ámbito de la religión católica², por otra, explican el papel preponderante del sacerdote en la novela de Juan Rulfo. Se trata del Padre Rentería, párroco de Comala. En un momento clave de la narración lo veremos dialogando con el “Señor Cura de Contla”, ex colega de seminario y ahora párroco vecino suyo. Otro miembro de la jerarquía eclesiástica que aparece, pero sólo fugazmente, es el Obispo. Posiblemente en visita pastoral.

En los pueblos de la provincia mexicana, como el de la Comala de *Pedro Páramo*, el cura párroco disfruta de una considerable autoridad en el campo moral, y a veces también en el civil. El ascendiente del P. Rentería se ejerce sobre la población en general, exceptuando a los Páramo, padre e hijo. En el orden de importancia entre los personajes de la novela puede asignársele el tercer lugar, ya que en el segundo está Susana San Juan y en el primero, obviamente, Pedro Páramo³.

Entre los críticos de Rulfo no hay unanimidad en lo tocante al papel del Padre Rentería en *Pedro Páramo*. Hay quienes, como Harss, lo consideran más bien deletero, aludiendo al forcejeo con Susana San Juan en el lecho de muerte, queriendo convertirla a toda costa (Trigo, 1987: 318). Otros, en cambio, ven en Rentería un simple ser humano, emparentado, tanto en lo negativo como en los positivos, con los numerosos eclesiásticos que circulan por la ficción literaria latinoamericana. Este punto de vista parece más acorde con el texto de Rulfo. Así esperamos confirmarlo al término de la lectura que ahora emprendemos.

Omnipresencia del P. Rentería en *Pedro Páramo*

La institución religiosa, al igual que la civil, necesita agentes o *ministros* a través de los cuales se hace presente en la comunidad. Las autoridades civil y eclesiástica llegaron juntas al Nuevo Mundo y, salvo algunas intermitencias, así han continuado aún después de la independencia. Teóricamente existe separación de poderes, con base en el texto evangélico: “dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Luc 20, 25). Mas en la práctica no han faltado las interferencias recíprocas, como prueba abundantemente la historia. En el México del tiempo de Rulfo se respira una atmósfera de laicismo, proclamado por la revolución aún reciente. Pero esa nueva ideología no cunde en el pueblo, aferrado a sus tradiciones. En la Comala de *Pedro Páramo* es notoria la ausencia de la autoridad civil. Por las intervenciones del abogado Gerardo, incondicional de Páramo, se deduce que la actuación del alcalde o presidente municipal es propiamente nula.

La autoridad eclesiástica, en cambio, aparece o se insinúa del comienzo al fin de la narración. Su representante, el P. Rentería aparece en quince fragmentos, lo que constituye un promedio relativamente alto, en un total de setenta unidades⁴. En siete el Cura es el personaje principal; en los ocho restantes, o es uno de los dialogantes, o se hace referencia a él. Dado, pues, el número de apariciones y la gravedad de los momentos en que Rentería

interviene a lo largo de la novela, puede afirmarse que es uno de los protagonistas⁵.

Ya en el diálogo inicial entre Juan Preciado y el arriero Abundio se supone la actuación de Rentería bautizando a los numerosos hijos que Páramo generaba en Comala y alrededores: “Y lo más chistoso es que él nos llevó a bautizar” (p. 183), comenta el arriero⁶. Poniendo en una cierta secuencia las intervenciones del sacerdote en la novela, lo encontramos primeramente dialogando con el capataz de Páramo, Fulgor Sedano que agencia, por orden de su amo, el casamiento de éste con Dolores Preciado. El párroco pone algunas condiciones: debe pagarse una cuota para dispensar las amonestaciones, el altar está deteriorado, la mesa del comedor está inservible, Páramo no está al día con los diezmados. Sedano promete que su patrón resolverá todo, incluso la última de las exigencias: ir a misa (Ruflo, 1996: 16-17). Es Rentería quien le lleva a P. Páramo un recién nacido cuya madre murió al darlo a luz y cuyo padre es él; se trata de Miguel Páramo, hijo “único” del hacendado. Al eclesiástico acude María Dyada, implorando la salvación para su hermana Eduviges que se suicidó. El hecho y sus secuelas provocan una de las crisis que ponen en tela de juicio las convicciones teológicas de Rentería. Algo semejante, con matices propios, ocurre en el funeral de Miguel Páramo, excluido del reino de los cielos, y en seguida admitido, como se verá a su tiempo.

Parte de la intimidad del sacerdote se nos revela a través del diálogo con Ana, su sobrina y ama de casa, probablemente desde que murió el padre de la chica, asesinado por Miguel Páramo:

¿A dónde va usted, tío?
Su sobrina Ana, siempre presente, siempre junto a él, como si buscara una sombra para defenderse de la vida.
Voy a ir un rato a caminar, Ana. A ver si así reviento.
¿Se siente usted mal?
Mal no, Ana. Malo. Un hombre malo. Eso siento que soy (p. 250).

Empero, la mayor parte de lo que pasa en lo íntimo de Rentería se nos revela a través de sus cavilaciones, de sus recuerdos⁷:

Se acordaría muchos años después... ;
El asunto comenzó –pensó– cuando Pedro Páramo, de poca cosa que era, se alzó a mayor...; Tenía muy presente el día que... (p. 246-50).

A veces el coloquio interior es la “implosión” de algo reprimido y que por un motivo u otro no aflora:

¿A dónde va tan temprano, Padre? ¿Dónde está el moribundo? ¿Ha muerto alguien en Contla, Padre?
Hubiera querido responderles: “Yo soy el muerto”, pero se conformó con sonreír (p. 247).

En una ocasión el “pensamiento” es rebasado por la costumbre, o sea, el hábito de oír confesiones: al confesar una de las mujeres que van al confesionario por rutina, y percibir que la penitente confiesa algo grave, fuera de lo común: “el P. Rentería, que pensaba darse campo

para pensar, pareció salir de sus sueños y preguntó casi por costumbre...” (p. 251).

Otras veces nos aproximamos a lo que él “no quería pensar”, pero que acaba imponiéndose como un dolor a prueba de analgésicos:

No quería pensar para nada que había estado en Contla, donde hizo confesión general con el señor cura, y que éste, a pesar de sus ruegos, le negó la absolución (p. 248)⁸.

A través de ese “no pensar” se nos comunica el ensimismamiento de Rentería, abismado en algo en que preferiría no pensar, porque desea que no hubiera ocurrido. Vuelto en sí de su abstracción, el narrador omnisciente nos informa una vez más que Rentería “no quería volver a pensar en esa mañana de Contla” (p. 250).

Con alguna frecuencia vemos al cura entrar en el confesionario. En una ocasión nos es permitido atisbar y enterarnos del diálogo entre confesor y penitente. Se trata de Dorotea, que el padre no quiere confesar. Razón: “tú ya no puedes cometer ningún pecado aunque te los propongas. Déjale el campo a los demás. Y ella: Ahora sí, padre. Es de verdad...; era yo la que le conseguía muchachas al difunto Miguelito” (p. 251).

La ausencia del sacerdote se percibe claramente en el fallecimiento de la madre de Susana San Juan. Probablemente la hija rehusó los últimos auxilios para su madre, así como los rehusará para ella misma. En cambio, está muy presente en la enfermedad de Susana; Rentería acude en su auxilio, llamado por Páramo. Todos los intentos del sacerdote para “salvar” el alma de la enferma tienen el mismo efecto que los del Dr. Valencia para curar su cuerpo. Mientras que el padre afanosamente intenta infundirle imágenes macabras de gusanos, podredumbre y muerte inminentes, la enferma parece absorta en imágenes eróticas. Por fin, Susana le pide que se vaya; al no lograrlo, ella se refugia en su mundo con Florencio, lejos de Rentería y de Páramo que están a su lado.

Al padre le extrañaba la quietud de Susana San Juan. Hubiera querido adivinar sus pensamientos y ver la batalla de aquel corazón por rechazar las imágenes que él estaba sembrando dentro de ella. Le miró los ojos y ella le devolvió la mirada. Y le pareció ver como si sus labios forzaran una sonrisa (p. 292–293).

La indiferencia de la enferma que esboza más bien una actitud desafiadora, acaba poniendo en entredicho las convicciones teológicas del sacerdote: “Le entraron dudas. Quizá ella no tenía nada de qué arrepentirse. Tal vez él no tenía nada de qué perdonarla” (p. 293). Aun así insiste una vez más. Hasta que ella lo despide de una manera más drástica, minutos o quizás segundos antes de morir: “¡ya váyase, padre! Estoy tranquila y tengo mucho sueño.” (p. 293).

El intento frustrado del P. Rentería por convertir a Susana San Juan es su última aparición en público en la parroquia de Comala. Poco después, hacia el fin de la novela sabemos que “se ha levantado en armas” (p. 296). Su ausencia se percibe al morir la esposa de Abundio. Éste bus-

ca al Padre para que la auxilie, pero le informan que “anda en la revuelta”. El hecho en sí no supone un rompimiento con la institución eclesiástica; podría haberse adherido al movimiento como capellán o consejero espiritual. Pero el texto deja entrever que el gesto de Rentería fue algo más que cambiar de parroquia. Así lo confirma la noticia que más tarde le dará el *Tilcuato* a Páramo: “Se ha levantado en armas el padre Rentería” (p. 296). El desplante supone una verdadera revolución en aquel “pobre hombre dispuesto a humillarse” (250).

Si repasamos someramente la actuación del P. Rentería a lo largo del relato, constatamos que, con la excepción de la boda de Páramo con Dolores Preciado, “todas las demás apariciones de Rentería tienen que ver con la muerte, la culpa y el perdón” (Trigo 1987: 300). Una de las raras ocasiones que tiene de departir es cuando va a darle el pésame a P. Páramo por la muerte del hijo. El cacique lo invita a comer, pero él declina la invitación, alegando trabajo. Sea por timidez, misantropía o morigeración el P. Rentería dista mucho de asemejarse al cura “amigo de los ricos” de *La muerte de Artemio Cruz* (Carlos Fuentes, México, 1962) o al P. Linares de *Ríos profundos* (José María Arguedas, Perú, 1959).

Cuando, con motivo o sin él, sale del recinto sagrado, como en la ocasión en que no puede conciliar el sueño y aún de madrugada se pone a caminar, angustiado, por las calles del pueblo, las preguntas de los viandantes son: “¿dónde está el moribundo? ¿quién es el muerto?”, etc. Macabra asociación: la presencia del cura, o ha sido precedida, o será seguida por la aparición de la muerte.

El P. Rentería y la teología de la liberación

A diferencia del texto referencial o informativo, el literario se resiste a la interpretación unívoca (Ludmer, 1977: 12; Benjamin, 1996: 203; Frye, 1973: 28). Una lógica consecuencia de ello es la pluralidad de lecturas, a veces tantas como lectores. Es eso lo que ocurre con *Pedro Páramo*.

Se ha hablado de Pedro Páramo como una novela de amor y como una novela de muertos. Muchos han encontrado en ella un fatalismo implícito...; otros decantan las penas de los personajes rulfianos y construyen con ellas una visión de esperanza. Vida y muerte, amor y odio, obra desolada que trasciende la esterilidad de sus parejas a través de un impulso creativo en que los muertos no sólo sí retoñan, sino que incluso se eternizan en la literatura (Dávalos, 1998: 75-76).

Polisemia, plurilingüismo y multirreferencialidad son marcas del texto literario. “La palabra leída en función literaria representa y se representa: señala lo que nombra... y se señala a sí misma: el enunciado doble es la unidad mínima del discurso literario” (Ludmer, 1977: 12). Eso se verifica de varias maneras a lo largo de la novela así como en los cuentos de Rulfo⁹. Terminado el funeral de Miguel Páramo, Rentería comenta el hecho con su sobrina. Él quiere saber algo más sobre lo ocurrido entre ella y el hijo de Páramo:

Estás segura de que fue él ¿verdad?

Segura no, tío. No le vi la cara (Me agarró de noche y en lo oscuro). Supe porque él me dijo: soy Miguel Páramo... (supuestamente iba a pedir disculpas por el crimen).

Preguntada la chica qué había hecho para rechazar al intruso, sabiendo que había asesinado a su padre, responde cándidamente: “No hice nada”. No sólo eso; le dijo que la ventana estaba abierta. La aclaración, al mismo tiempo que pone en tela de juicio la inocencia de la víctima, atenúa considerablemente la culpa del agresor¹⁰. A la dicotomía niveladora de la “literatura light”, las “grandes literaturas”¹¹ oponen la ambivalencia propia de un mundo en que el trigo y la cizaña comparten el mismo campo.

Refiriéndonos ahora al padre Rentería, ¿cómo puede caracterizarse su acción en la novela? La respuesta dista mucho de ser unánime. Hay quienes lo consideran reprobable; no víctima sino cómplice de P. Páramo. A ese grupo pertenece Harss, anteriormente mencionado, que reduce a un simple cliché la figura compleja del eclesiástico. Por el estilo es la opinión de Sacoto, para quien Rentería “parece tipificar a uno de tantos curas de la narrativa social indigenista latinoamericana” (Trigo 1987: 319).

Permaneciendo en el mundo novelesco se puede asociar al P. Rentería con el anti-héroe de *El Poder y la Gloria* de G. Greene. La coincidencia se extiende a la época: período posrevolucionario¹². Las comparaciones tienen sus ventajas, con tal de que no se limiten a una nivelación reduccionista: “todos los curas de las novelas son iguales”, o algo parecido. Reducir la figura del P. Rentería a un cliché sería desvirtuar la novela, debido al papel que en ella desempeña la religión y, por ende, su ministro.

El párroco de Comala lleva a cabo su misión sin pena ni gloria, quizá con más pena que gloria. Flota en un limbo, equidistante de la entereza del cura de Contla, por un lado, y de la flaqueza del P. José de *El Poder y la Gloria* por otro. Rulfo, vástago de una familia católica, conoció de cerca las prácticas de la Iglesia y, como seminarista (López Mena, 1993: 43)¹³, pudo conocerla “por dentro”. Por lo general, la actitud de quien, de un modo o de otro, perteneció a la institución eclesiástica es, o de adhesión total, o rechazo pleno. Lo último ocurre cuando la desvinculación ha sido precedida por una desilusión. Esto explica la actitud más bien crítica de Rulfo frente a la religión¹⁴.

Se ha visto que la actuación del cura de Comala fuera del ámbito sacramentalista, es nula. Tipifica al padre conservador que “no quiere meterse en política”. Se limita a administrar los sacramentos, sin exigir de los feligreses un verdadero compromiso cristiano. Su comunidad es pobre; él también lo es, pero sin la ayuda de Páramo viviría en la miseria. ¿Está dispuesto Rentería a aceptar ese riesgo, renunciando a la “limosna” del cacique? ¿Irá más allá, denunciando los crímenes de su “benefactor” y poniendo en peligro su propia integridad física? Por supuesto que no. Sin embargo, su misión no le exige menos. Su cobardía lo hace reo de un pecado de omisión e indigno de la absolución por parte del Sr. Cura de Contla.

El hombre de quien no quieras mencionar su nombre ha despedazado tu iglesia y tú se lo has consentido. ¿Qué se puede esperar ya de ti, padre? ¿Qué

has hecho de la fuerza de Dios? ... Mis manos no son lo suficiente limpias para darte la absolución (p. 248).

La plática se desvía hacia los días felices de los colegas en tiempo del seminario. Después, el cura de Contla vuelve a la carga, sin empacho en pronunciar el nombre fatídico:

Las tierras de Comala son buenas. Es lástima que estén en manos de un solo hombre. ¿Es aún P. Páramo el dueño, no?

Así es la voluntad de Dios.

No creo que en este caso intervenga la voluntad de Dios. ¿No lo crees tú así, padre?

A veces lo he dudado; pero allí lo reconocen.

¿Y entre ellos estás tú? (p. 249-250).

En los discursos de los curas de Comala y de Contla vemos esbozadas las teologías tradicional y de la liberación, respectivamente. Para el padre Rentería la situación de miseria en que viven los comalenses, causada por la falta de escrúpulos del cacique, es insoluble en esta vida. En ese aspecto el cura de *Pedro Páramo* se aproxima al de *La muerte de Artemio Cruz* suponiendo que éste obra con la misma buena fe que aquél. Preguntando sobre la justicia, el sacerdote responde: “la justicia final se imparte allá arriba, hijo. No la busques en este valle de lágrimas” (*La muerte de Artemio Cruz* p. 45). Por consiguiente, a las víctimas no les queda otra opción sino la de esperar una salvación trascendente. La abundancia, el lujo de unos (o de uno) y la consiguiente penuria de la mayoría es inapelable: esa es la voluntad de Dios. El cura de Contla, en cambio, rebate: no creo que sea esa la voluntad de Dios. Semejante a esa fue la constatación de los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín y la de los teólogos de la liberación. En la actitud del P. Rentería y del sr. Cura de Contla, respectivamente, están esbozadas dos tendencias dentro del catolicismo: la tradicional, conservadora, y la progresista, que más tarde se concretizará en la *Teología de la liberación*.

La teología de la liberación, en cuanto teología, parte del dato revelado. Pero, en vez de hacerlo objeto de contemplación o de simple reflexión, lo convierte en punto de partida para una *reflexión crítica* con vistas a la acción. “El dato revelado deja de ser objeto de reflexión para convertirse en luz e inspiración, es decir, en el criterio en referencia al cual lo examinado adquiere sentido” (Camorlinga, J. M. 1992: 574). De la *praxis* iluminada por la fe, buscando cambiar una situación de pecado, se desprenden dos conclusiones de suma importancia: a) la participación del oprimido en el proceso de liberación; b) la atención al aquí-y-ahora exigidos también por la premura del *kairós* evangélico (Mc 1, 15)¹⁵. Faltando estos dos ingredientes, o se vuelve a la pasividad o se posterga la liberación a un más allá mítico. En otras palabras, se vuelve a la teología tradicional. La salvación trascendente no es negada, sino vinculada y supeditada a la liberación histórica. De ese modo “la historia de opresión y miseria tiene que convertirse en historia de liberación” (Camorlinga, J. M., Ibid., p. 575-577)¹⁶.

Si el sr. Cura de Contla prefigura a los teólogos de la liberación, el P. Rentería personifica el continuismo vigente en la Iglesia Católica actualmente. La teología de la liberación ha sido tachada de “marxista”, y sus promotores han sufrido varios tipos de ostracismo¹⁷. El discurso del párroco de Comala, *así es la voluntad de Dios* (que un solo hombre se adueñe de todo y de todos), ha prevalecido sobre el del cura de Contla: “no creo que en este caso intervenga la voluntad de Dios”.

Las amonestaciones del colega de Contla no cayeron en el vacío. Probablemente influyeron en la decisión “revolucionaria” de Rentería, según se verá más tarde. Dirijamos ahora la atención hacia otro aspecto oculto bajo la sotana del eclesiástico: la sexualidad. Aparentemente él observa el celibato inherente a su profesión, a diferencia de los curas de carne y hueso que Rulfo conoció. ¿Hay correspondencia entre apariencia y realidad? No ha faltado quien vea promiscuidad en la relación del padre con la sobrina que hace de ama de casa; algo semejante a lo que ocurría con Bartolomé y su hija Susana. En este último caso hay indicios, difícilmente verificables en el trato de Rentería con su sobrina; la sospecha es más bien una suposición, basada en ciertos precedentes. Está, en primer lugar, el caso antes mencionado de Bartolomé y la hija, en *Pedro Páramo*. En *El Llano en llamas*: la relación incestuosa tío – sobrina (“En la madrugada”), cuñado – cuñada (“Talpa”), suegro – nuera (“Paso del norte”) y padre – hija (“Anacleto Morones”). Aunque abundantes, dichos antecedentes no constituyen premisas que autoricen la deducción de una convivencia promiscua del párroco de Comala con la sobrina. El comentario que se encuentra en el pasaje antes citado –“Su sobrina Ana, siempre presente, siempre junto a él, como si buscara una sombra para defenderse de la vida” (p. 250)– sugiere más bien la inmadurez de la huérfana, a la que corresponderá una actitud paternal o, en todo caso paternalista, del tío.

La prueba de fuego para la castidad del párroco de Comala fueron las visitas a Susana San Juan, enferma. Para eso hay que tener presente la belleza devastadora de esa Venus del incandescente campo mexicano (“llano en llamas”). “Al crear al personaje de Susana San Juan, al nombrarlo sin decirlo, al cubrirlo de velos, Rulfo lleva a la práctica el consejo de Mallarmé: ‘No pintar la cosa, sino el efecto que produce’” (López Mena 1998: 171). En vez de prodigar explicaciones sobre *cómo* es el personaje, el narrador *muestra* los estragos que causa su hermosura: ella es la única capaz de quebrantar la dureza granítica del ser doblemente pétreo que es Pedro Páramo¹⁸. Su ausencia lo desespera, su presencia lo convierte en poeta: “sentí que se abría el cielo. Tuve ánimos de correr hacia ti. De rodearte de alegría. De llorar. Y lloré, Susana, cuando supe que al fin regresarías” (p. 260). Llorar, y sobre todo admitirlo, es mucho para un pueblo donde “los hombres no lloran”. Para él, ella es “la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra” (p. 262). En fin, la muerte de la mujer amada trae consigo la de Páramo y, con él, la de toda la población¹⁹.

El texto hace suponer que la belleza acompañó a Susana hasta el último momento. Páramo “vio el cielo abierto” (expresión bíblica) cuando por fin pudo tener a la amada en su casa. Pero ella sufría de una enfermedad misteriosa que en pocos días la llevaría a la tumba. Al agravarse el mal, y agotados los recursos humanos, se recurre al auxilio sobrenatural. El P. Rentería redobla sus visitas a la enferma; la quiere preparar para que reciba los últimos sacramentos. Ella, en su fiebre y delirios, con frecuencia hacía a un lado las cobijas, quedando desnuda. “Así fue como la encontró horas después el P. Rentería; desnuda y dormida” (280).

Posteriormente las visitas se suceden y la proximidad física continúa, con palabras y gestos de gran ternura por parte de él; la llama “hija mía”, se sienta en la orilla de la cama y pone sus manos sobre los hombros de la enferma (291-292). Se ha de suponer que el sacerdote está totalmente concentrado en su misión espiritual, preparando a la enferma para el viaje a la otra vida. Pero también se puede colegir que el sacerdote puede no haber salido ilesa de aquella aproximación a un hermoso cuerpo femenino. Esta segunda deducción, apenas insinuada en el libro, está plenamente desarrollada en los *Cuadernos de Juan Rulfo*, borrador que precedió la elaboración de la novela.

Y de pronto se dio cuenta de que estaba pensando en su cuerpo (...) en el de Susana San Juan, que había mostrado los senos desnudos, flotando en el aire caliente, y el comienzo de la cintura, allí donde se enhebran los pecados de los hombres (Jiménez de Báez, 1994: 82).

La tentación se insinúa precisamente en el momento de la misa. Intenta rechazarla incluso físicamente, sacudiendo la cabeza: “él no era hombre. Lo había sido, ahora pertenecía a otra humanidad”. Como sacerdote, dedicado a lo “sacro”, *sacerdos*, no podía ni pensar en aquellos senos “prendidos en el aire, sostenidos por el aliento. Los senos, nidos de amor”. Junto con la imagen viene el nombre, que suena en sus oídos como una melodía, que brota de sus labios como el chasquido de un beso: *Su-sa-na-san-juan...*

...y cerró los ojos estremecido sólo por ese nombre. Volvió a pronunciarlo para castigarse, sintiendo que era un fuerte de fuego que le partía la cara y, al hacerlo, encontró otra vez los senos en las letras redondas (Id., Ibid.).

La persistencia de estas imágenes sugiere que aquella Susana siguió con él aún después de que la enferma de la Media Luna murió y fue sepultada.

Al inquirir sobre las posibles razones que habrá tenido Rulfo para descartar ese coloquio interior de Rentería, “a pesar de su calidad literaria”, la organizadora de los *Cuadernos* encuentra más de una. Señala en primer lugar la economía del estilo cultivado por el escritor. Dice textualmente en un ensayo publicado posteriormente:

Cuando aparece, la descripción erótica no se detalla hasta anular prácticamente toda sugerencia, como ocurre con tantos textos contemporáneos, que lejos de exaltar la imaginación del lector lo transforman en un observador pasivo (Jiménez de Báez, 1997: 537).

Esa medida de Rulfo está también en sintonía con su propósito de “dejar hilos colgantes” para que el lector los una de manera coherente, es decir, confiriéndoles sentido. ¿Cuál? La escena en que el padre encuentra a Susana desnuda y dormida se interrumpe bruscamente; otra similar termina con puntos suspensivos. El narrador “no vio”, y si vio no quiso *contar ni mostrar*²⁰. Se paró en seco como al borde de un abismo. Le toca al lector arrojarse en él y sondearlo. La poética del silencio rulfiana posibilita esa aventura²¹.

Perplejidades doctrinales

Volvamos a la escena del funeral de Miguel Páramo (p. 201-203). Aproximándonos nuevamente al P. Rentería percibiremos algunas de sus vacilaciones frente al poder y a la prepotencia de Pedro Páramo. Un narrador omnisciente nos “cuenta” lo que ocurrió con ocasión del funeral. Rentería se debate entre perdonar o no perdonar al asesino de su hermano, violador de su sobrina y autor de otros crímenes. De la concesión de su perdón parece depender el de Dios, en una aplicación muy peculiar del texto evangélico: “lo que perdonareis en la tierra, perdonado será en el cielo” (Mt. 16,19). *Peculiar* porque el perdón en este caso implica un efecto retroactivo²², ya que Miguel Páramo murió sin confesión.

Hay aire y sol, hay nubes. Allá arriba un cielo azul y detrás de él tal vez haya canciones... Hay esperanza, en suma... para nosotros. Pero no para ti, Miguel Páramo, que has muerto sin perdón y no alcanzarás ninguna gracia (p. 201).

Rentería, como sacerdote, está investido con la facultad de juzgar, que se puede manifestar en absolución o condena: “... a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20, 23). Como cristiano tiene la obligación de perdonar las ofensas, “no sólo siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Lc 17, 4). Sin embargo, el ser cristiano y sacerdote no lo hacen inmune al sentimiento humano experimentado ante las ofensas, principalmente de quien se esperaría reconocimiento y gratitud. En efecto, de no haber sido por la intervención del eclesiástico, Miguel Páramo habría terminado como Abundio Martínez, Juan Preciado o tantos otros que Pedro Páramo tan sólo generó y “llevó a bautizar”. Al solicitar el perdón para su hijo, el cacique admite: “Yo sé que usted lo odiaba, padre. Y con razón. El asesinato de su hermano...; el caso de su sobrina...; las ofensas y falta de respeto que le tuvo en ocasiones, son motivos que cualquiera puede admitir” (p. 202). A las palabras sigue un gesto susceptible de varias lecturas: Páramo deja un puñado de monedas, “como limosna para la iglesia”. Rentería no las rechaza, aunque tampoco las acepta en actitud salamara y agradecida. Después de un desahogo “blasfemo” ante Dios – “son tuyas, ...él puede comprar la salvación... – se mete en la sacristía y llora hasta agotar sus lágrimas”. Al fin admite: “está bien, Señor, tú ganas” (p. 203). Queda clara la concesión del perdón, no sin un intenso dolor, que es aún mayor porque está teñido de humillación (Trigo 1987: 327). De hecho, poco más adelante el Cura admite

su dependencia económica de los poderosos, ya que de los pobres sólo puede esperar oraciones, “y las oraciones no llenan el estómago” (p. 207).

A continuación se constatarán las cavilaciones del P. Rentería frente a una situación semejante a la anterior (p. 206-207), pero diferente en más de un aspecto. Aquella era la de un pecador empedernido que muere sin confesión y por el que intercede su padre. La de ahora es la de una cristiana que vivió como tal toda la vida, pero que se suicida: Eduviges Dyada; y quien intercede por ella es su hermana María. Conviene tener presente que Eduviges es uno de los primeros personajes que entran en escena. Juan Preciado le pide hospedaje, tras sugerencia del arriero Abundio. Mediante la plática, relativamente prolífica, entre anfitriona y huésped nos enteramos de que Eduviges y Dolores, madre de Juan Preciado, habían sido íntimas amigas, y que la amistad debería perdurar más allá de la muerte: “nos hicimos promesa de morir juntas” (p.187). En el diálogo, casi exclusivamente a cargo de Eduviges, se hacen veladas alusiones al suicidio, como medio para “acortar las veredas” hacia el cielo. “Todo consiste en morir, si Dios quiere, cuando uno quiera y no cuando El lo disponga. O forzarlo a disponer antes de tiempo” (p. 187). Sólo más tarde sabremos, junto con Juan Preciado, que la mujer que lo hospedó aquella primera noche en Comala y que “estuvo a punto de ser su madre”, es un alma en pena. “Pobre Eduviges, debe de andar penando todavía” (p. 210), lamenta Damiana Cisneros, nueva anfitriona del recién llegado.

Otra oportunidad que se nos ofrece para asomarnos al interior de Rentería es el diálogo con la sobrina, poco después del entierro de Miguel Páramo (p. 206-208). Repuesto un poco de su abatimiento, el párroco charla con la niña. El tema no podía ser otro: la muerte de Miguel Páramo. Ella lo manda al infierno, literalmente: reza por su condenación. El éxito de semejante súplica es dudoso, según le explica el tío, puesto que muchas otras personas, quizás pagadas para hacerlo, piden la salvación del difunto. Aquí se tocan dos cuestiones que suponen una concepción teológica ingenua, por parte de la sobrina e irónica por parte del tío-sacerdote. La chica “pide a los santos con todo su fervor” la condenación del difunto. Implorar la ayuda sobrenatural para efectuar algo negativo –venganza o castigo– es algo ajeno al espíritu del cristianismo²³. La otra cuestión raya en lo jocoso: dos personas o dos grupos pidiendo algo contradictorio –la salvación y la condenación del mismo difunto²⁴– sugiere algo semejante a una subasta: “ganará” quien más ofrezca, o sea, quien más rece. La cuestión no se dirime; se concluye admitiendo el hecho: si el precio para liberarse de Miguel Páramo era perdonarle para que fuera al cielo y no al infierno, valía la pena pagarla (p. 205).

Al caer la tarde, después del entierro, los peones de la Media Luna comentan el acontecimiento. Cuando el cuerpo de Miguel Páramo estaba en la iglesia, camino al cementerio, el narrador dice: “aquel cuerpo pesaba mucho en el ánimo de todos”. El sentido de la frase se aclara con los comentarios de los empleados de Páramo: “a mí me dolió mucho ese muerto –

dijo Terencio Lubianes”. Y explica enseguida el motivo de semejante *dolor*: “Todavía traigo doloridos los hombros” (p. 205). Las opiniones irónicas de otros peones confirman el poco dolor que provocó la muerte del “patroncito”. Uno de ellos se expresa sin ambages: yo qué quieren que les diga. “Pienso que se murió muy a tiempo”. Los arrieros que vienen de Contla y pernoctan en La Media Luna dan su contribución: cuentan que el alma del Miguel continúa la actividad que acostumbraba ejercer el cuerpo: seducir, violentar mujeres. La plática reanima a los peones, cansados por la ida al cementerio y obligados a levantarse temprano al día siguiente (p. 206).

La caída de estrellas fugaces, mencionada en el fragmento anterior, lo es de nuevo al comienzo de éste, en que se añade el señorío del cielo sobre la noche. “Entonces el cielo se adueño de la noche” (p. 206). Y el remordimiento²⁵ se adueña del P. Rentería, impidiéndole conciliar el sueño. Repasa sus omisiones ante las múltiples *comisiones* o sea, acciones delictuosas de los Páramo, y lo embarga un sentido de culpa. Su claudicación ante los grandes contrasta con la intransigencia frente a los pequeños. Es esto justamente lo que ocurre con las hermanas Dyada: Eduviges que se suicidó y María que intercede, inútilmente, por su hermana. Al quitarse la vida Eduviges echó por la borda toda una vida de amor al prójimo. “Y para qué purificar su alma, si en el último momento...” (p. 207).

El párroco de Comala parece estar al tanto de las enseñanzas bíblicas respecto a la limosna y a la ayuda al prójimo, tanto del Antiguo Testamento (Tob 2, 1s, etc.), como del Nuevo (Mt 6, 1-4, etc.). El texto sacro establece una estrecha relación entre las obras de misericordia y la purificación del alma. Lo trágico es que esa “albura”, obtenida a costa de muchos y prolongados sacrificios puede convertirse en “negrura” al primer descuido, con el menor pecado.

Ella sirvió siempre a sus semejantes. Les dio todo lo que tuvo. Ellos, en cambio, abusaron de su hospitalidad por esa bondad suya de no querer ofenderlos ni de malquistarse con ninguno. Pero ella se suicidó. Obró contra la mano de Dios (p. 207).

Encontramos a continuación dos expresiones referentes, una a la fatalidad del hecho –“no le quedaba otro camino”– y otra a la motivación del mismo –“se resolvió a eso también por bondad” (p. 207). Paradoja que frisa la contradicción. Para el sacerdote, sin embargo, la maldad del suicidio prevalece sobre cualquier bondad que pueda haber precedido. “Falló a última hora... en el último momento. Tantos bienes acumulados para la salvación, y perderlos así de pronto” (p. 207). A la luz de estas consideraciones se comprenden mejor los interrogantes de Rentería respecto a los pobres que lo “buscan para que interceda por ellos para con Dios. ¿Pero qué han logrado con su fe? ¿la ganancia del cielo? ¿la purificación de sus almas?” (p. 208). Interrogantes que permanecen sin respuesta.

Se alude enseguida a las misas gregorianas como tabla de salvación para la difunta²⁶. Pero eso implicaría gastos que María de ningún modo podría permitirse. ¿Y la intercesión personal del Sr. Cura? El mismo Rentería

no parece confiar en su poder espiritual. Al fin y al cabo, “¿qué sabía él del cielo y del infierno?” – se pregunta.

La escena refleja la teología tradicional, tanto respecto al suicidio como en lo tocante al pecado. Quien se mata transgrede el quinto mandamiento: “no matarás”. La presunta simultaneidad del acto pecaminoso con el de la propia muerte excluye la posibilidad del arrepentimiento, existente tratándose de cualquier otro pecado²⁷. Por otra parte, la concepción tradicional de pecado es tal que basta un simple acto, quizá hasta involuntario, para dar al traste con toda una vida moral y cristianamente ordenada. La salvación parece más bien un juego de azar en que un desacuerdo echa por tierra todos los puntos ganados. Rentería, aunque no lo manifiesta explícitamente, pone en tela de juicio esa doctrina. Presiente que la condenación eterna de un cristiano no puede depender de una acción momentánea, ejecutada quién sabe en qué circunstancias, ni la salvación se consigue mediante un arrepentimiento de última hora, o con intercesiones encargadas o pagadas, al igual que una mercancía cualquiera²⁸.

Las muertes de Miguel Páramo y de Eduviges Dyada, hermanadas en lo trágico, totalmente opuestas en lo social, remiten a un tercer funeral: el de la madre de Susana San Juan (p. 253-55). Este último se realiza en plena desolación, religiosa y humana. La difunta era tuberculosa: el miedo al contagio superó cualquier otro sentimiento, incluso el de la solidaridad humana, no digamos cristiana, que suele aflorar en casos extremos como es la muerte de un ser querido. Las sillas arregladas para el velorio se quedaron vacías, “la muerte no se reparte como si fuera un bien” (p. 254); para llevar el cuerpo al cementerio tuvieron que contratar hombres, que ejecutaron el trabajo con gran eficiencia e igual indiferencia. En cuanto a lo religioso, Susana San Juan, mientras fue ella quien decidió, no pidió, quizá tampoco permitió la presencia del sacerdote. Se explica, pues, su actitud cuando el emisario eclesiástico le ofrece las misas gregorianas por su madre difunta. Ella manda simplemente el recado: (la difunta) “no dejó dinero. ¿Qué no saldrá del purgatorio? ¿Quiénes son ellos para hacer la justicia, Justina?” (p. 254)²⁹.

Comparemos la pregunta retadora de Susana San Juan con el planteamiento de Rentería: “¿qué sabía él del cielo y del infierno?” (p. 208). Lo que el sacerdote esboza como grito de angustia, aparece en forma de abierta rebelión en boca de Susana. La actitud observada en relación a la madre difunta será la misma en la hora de su propia muerte. La tildarán de loca y ella está dispuesta a admitirlo antes que abdicar de sus convicciones.

Las cavilaciones del cura Rentería surgen al confrontarse con la teología tridentina enseñada y predicada en aquel entonces. De ella deriva la incertidumbre respecto a la salvación y la correlativa certeza de condenación. Ignorando los numerosos pasajes bíblicos que hablan de un Dios amigo, amoroso y hasta amante de su pueblo, se hace hincapié en los castigos y amenazas: “no sabe el hombre si es digno de amor o de odio” (de parte de Dios), se debe trabajar en el negocio de la salvación “con temor y temblor”, etc. Pasado casi medio siglo, uno de los personajes del *Evangelho segun-*

do Jesus Cristo, de José Saramago, dirá: “o homem é livre, Sim, para poder ser castigado” (p. 209).

El cura de Comala oscila también entre la confrontación con el caci-que del pueblo y la sumisión al mismo, al igual que sus feligreses. La primera opción traería consecuencias imprevisibles, pues “Pedro Páramo no se anda con cosas” (p. 206). Y Rentería no tiene madera de héroe. Pero tampoco es un vridor. De ahí que, al decidirse por la segunda opción, aceptando las monedas de oro, limosna para la iglesia, se abisme en los escrúpulos. Otro dilema que se le plantea al sacerdote es el doctrinal o teológico. Según las enseñanzas que debe impartir, una vida de buenas obras puede acabar en condenación por una debilidad de última hora. “Y para qué purifican su alma si al último momento...” (p. 207). Por otra parte, una existencia pecaminosa puede terminar en salvación con tal que haya quien interceda o imparta los sacramentos antes de morir. La última opción comúnmente está asociada con cierta holgura económica. En otras palabras, la salvación puede ser comprada. *Simonía* pura, condenada en la Biblia y causante de la rebelión luterana en el s. XVI³⁰. Rentería, pues, baila en la cuerda floja. Semejante situación no puede durar: o acepta, resignado, el *status quo*, o se rebela contra él. Al fin se decide por lo segundo al adherir a la revolución cristera. Según Rodríguez Monegal, “en *Pedro Páramo* todos buscan y se buscan³¹. Rentería se busca y encuentra finalmente en la rebelión de los Cristeros, pero ya fuera de la novela” (Rodríguez Monegal 1992: II, 185).

El mundo misterioso trazado por Rulfo en *Pedro Páramo* sería otro sin el escenario mítico-religioso que le sirve de fondo y sin la ubicuidad del cristianismo católico de aquel rincón de México. Guardadas las debidas proporciones lo mismo puede afirmarse respecto a la literatura occidental y a la cultura grecorromana, tamizada por el cristianismo. En el campo específico de la literatura, la influencia se ha ejercido principalmente mediante los escritos bíblicos (Frye, 1973: 21). La supervivencia y convivencia de mitología clásica y cristianismo en Occidente ha sido descrita con maestría por Borges. Uno de sus personajes observa la reaparición, ininterrumpida o cíclica, de dos historias: “la de un bajel que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota” (Obras, II, p. 448).

La horizontalidad y la verticalidad, inmanencia y trascendencia simbolizadas en esas historias representan los resortes que mueven al ser humano. Así pues, “la más humana de las artes” (Amoroso Lima, 1966: 185) no hará sino girar en torno de esa bipolaridad. Por otra parte, siendo los temas de la literatura tan pocos en número, las maneras de abordarlos son virtualmente ilimitadas. La innovación consistirá en presentar de manera nueva los temas de siempre. El novelista actual enfrenta el mismo *viejo problema*. “El problema del *qué* quiere decir y del *cómo* decirlo. No es cierto que un argumento tenga una sola forma, pero sí que posee una *más afortunada* que las restantes” (Sanz Villanueva, 1976: 233) (cursivas mías).

Juan Rulfo, imbuido en las técnicas literarias de la primera mitad del siglo y bien enraizado en suelo mexicano, logró una forma de narrar que dio

nueva vida a temas hartamente trillados por sus colegas mexicanos. Para el tema que se propuso abordar adoptó ciertamente una forma muy afortunada, una estructura compleja, “pero no por seguir la moda actual, sino porque el propio tema exigía esa aparente confusión” (González Boixo, 1983: 194). *Pedro Páramo* es una obra en la que tema y forma constituyen una simbiosis. Mariana Frenk, traductora e introductora de Rulfo al alemán observa:

La característica sustantiva de esta nueva novela, comprobable en toda obra importante del género, es la disolución de la tradicional estructura, disolución radical o parcial, realizada con diferentes recursos (Frenk, 1998: 117).

La presencia del sacerdote en el mundo de Comala no implica novedad alguna. La narrativa latinoamericana abunda en ejemplos del género (González Padrón, 1983; Pinillos 1987). Tampoco lo sería si el papel del párroco se redujera al blanco o negro de héroe o villano. Su misión lo destina a fungir como mediador entre Dios y los hombres, pero su pusilanimidad lo reduce a mero instrumento de uno de ellos, Pedro Páramo, el dios de Comala. Rentería fracasa también en lo que es más propio de su cometido: lo espiritual. Susana San Juan muere impenitente, Eduviges se suicida, Dorotea, devota frequentadora de la iglesia, es la alcahueta de Miguel Páramo. Agobiado por el remordimiento, busca consuelo en el colega de Contla. Este se lo niega. ¿Por qué? El lector tiene que inferir: uno de los requisitos para una “buena confesión” es el propósito de enmienda, y Rentería no da muestras de quererse enfrentar a Páramo para revertir la situación de pecado habitual instalado en Comala³². El carácter sacerdotal, impreso con la ordenación, no hace al sacerdote invulnerable a todo tipo de flaquesa, ni lo inmuniza a la desesperación que, sorprendentemente, lo lanza a la rebelión.

Varios de los rasgos que caracterizan a la narrativa moderna se encuentran en el pasaje de *Pedro Páramo* comentado en esta sección. En el fragmento nº 14 quien lleva la voz cantante es un narrador omnisciente que cede un poco de espacio a los diálogos entre los personajes y otro poco a las consideraciones íntimas del sacerdote. En el nº 17, por el contrario, logramos aproximarnos directamente a las reflexiones de Rentería en lo que atañe a la parroquiana “condenada” a pesar de haber vivido cristianamente, y a Miguel Páramo oficialmente “salvado” porque su padre, junto con la súplica, ofreció una suma de dinero como *limosna para la iglesia*. El ensimismamiento del Padre apenas es interrumpido por María, que intercede por su hermana difunta. Gracias a ese monólogo interior que “nos traspasa directamente la conciencia del protagonista, sin ninguna clase de mediación” (Sanz Villanueva 1976: 261), atisbamos también las dudas del sacerdote: la salvación de la suicida podrán obtenerla “tal vez, si acaso las misas gregorianas” (p. 208). La misma lista canónica, oficial, de los bienaventurados es puesta en tela de juicio: “¿Qué sabía él del cielo y del infierno?” (Id., Ibid.).

Sabemos que en lo referente a cuestiones materiales el párroco de Comala está a merced de Páramo. Si se declara inepto también en los

asuntos espirituales, ¿qué le queda? La complejidad del personaje Rentería aumenta debido a la naturaleza de los problemas que lo abruman: se trata de cuestiones que trascienden el ámbito de la vida temporal y se adentran en los meandros de la moral y de la teología, y su ramo específico, la escatología. Las fórmulas dogmáticas, *voces autoritarias* (Bajtin) que hacen una simple clasificación entre buenos y malos, santos y pecadores, tienen vigencia en los fundamentalismos de todos los credos, principalmente en los que se arrogan el don de la infalibilidad, no en la parroquia de Comala. Lo serían si la línea divisoria entre el bien-virtud y el mal-pecado fuera fácil de trazar. Pero en casos como los examinados predomina la ambigüedad. De ahí la indecisión, la duda, la desesperación y, a la postre, la rebelión.

El papel preponderante que ocupa la religión en *Pedro Páramo* confiere a su ministro una actuación destacada. Él sigue en importancia a la pareja Páramo–Susana y a Juan Preciado. Puede, pues, considerarse como uno de los protagonistas. La contradicción implicada en la pluralización del término queda a cargo de la narrativa moderna. En ésta los héroes no son nada heroicos, y con frecuencia tienen que compartir la escena con personajes secundarios que, *ipso facto* adquieren cierta prominencia. Entre las características del héroe de la novela moderna se indican dos, perfectamente aplicables a los personajes rulianos: por un lado, insignificancia, ausencia de rasgos impresionantes; héroe colectivo, por otro (Sanz Villanueva, *Ibid.*, p. 278-279). El extremo en ese despojo de todo lo extraordinario ocurre cuando se priva al personaje incluso de lo más ordinario como es el nombre. El personaje de Kafka en el *Proceso* es simplemente K. El Cura de Comala desaparece en la sotana; ni siquiera tiene nombre propio³³, tiene una función. La Iglesia que representa lo absorbe, lo anula.

Antes de que la institución lo aniquele, Rentería se rebela. El trueque del púlpito por el campo de batalla, literal y metafóricamente hablando, supone un desplante valiente por parte del sacerdote. Al renunciar a la relativa seguridad económica, deja también las certezas doctrinales. Ahora podrá maldecir a quien antes tenía que bendecir, mandar al infierno a quien antes tenía que mandar al cielo, y viceversa; podrá encarar de tú a tú a los Páramo, y podrá expresar sin ambages sus sentimientos a las Susanas que le salgan al paso. Podrá, en fin, ser él mismo.

NOTAS

- 1 La afirmación tiene como base la tesis “Religión y ficción en la narrativa de Juan Rulfo” mediante la cual me postulé para el doctorado en literatura en la Universidad Federal de Santa Catarina (Brasil), en agosto de 2001.
- 2 Dentro de la Iglesia Católica la Jerarquía eclesiástica constituye una especie de casta. En el vértice de la pirámide está el Papa, en la base, el cura párroco. Después vienen los laicos, “las ovejas” que deben ser conducidas por el “pastor”, es decir, el cura párroco y sus auxiliares. El Concilio Vaticano II reconoce la participación de los fieles en el sacerdocio común. Éste, sin embargo, es esencialmente diferente del sacerdocio jerárquico (Constitución dogmática “Lumen Gentium”, cap. II, n. 28).
- 3 Juan Rulfo. Antología personal, libro publicado por la editorial Era (1988), incluye algunos cuentos y pasajes de la novela referentes a los personajes más relevantes, a juicio del mismo escritor. Entre los pocos escogidos se encuentra precisamente el Padre Rentería.
- 4 No ha habido unanimidad en cuanto al número de fragmentos o unidades. La totalidad va de 63 a 70 (González Boixo, 1983:183, nota 17). Este último es el número atribuido por Juan Rulfo, *Toda la obra*, y adoptado por González Boixo en su libro *Claves...* y también por la publicación de la novela por la editorial Cátedra (1995), con anotaciones del mismo González Boixo. Aquí se utiliza Juan Rulfo, *Toda la obra*, Edición crítica, Claude Fell (Coord.), París, ALLCA/Unesco, 1996, 2^a edición. La novela *Pedro Páramo* está en pp. 179-307. En las citas literales indicaré simplemente el número de la página.
- 5 La pluralidad de protagonistas no es novedad para la “nueva novela” en general y de la “nueva novela latinoamericana” en particular, una de cuyas innovaciones consiste precisamente en romper con el protagonismo individual.
- 6 “Llevar a alguien a bautizar”, en el lenguaje de la región, significa actuar como padrino. Nótese el cumplimiento meramente formal de una práctica religiosa.
- 7 Lo que en la moderna narratología se ha llamado “monólogo interior”, caracterizado por la desorganización y a veces incoherencia propia del discurso no proferido. Su diferencia del “flujo de conciencia” no es nítida; hay quienes consideren los conceptos equivalentes (Cf. Platas Tasende, A. M. *Diccionario de términos literarios*, ESPASA, Madrid, 2000, p. 176; 505; cf., además, Aguiar e Silva, V. M. *Teoria Literária*. Livraria Almeida, Coimbra, 1996, pp. 749-750 (donde se informa también sobre la historia del concepto)).
- 8 “En un momento crucial de su vida, los personajes tienen que recordar el pasado cuando más quisieran olvidarlo” (Xirau, 1972: 200). El continuo retorno a un pasado de culpa se manifiesta principalmente bajo la forma de remordimiento, según se puede observar en “Talpa”. En otras ocasiones la persistencia del pasado es la imposibilidad de olvidar una ofensa; de ahí el deseo de venganza, como en el cuento “Diles que no me maten”.
- 9 En el cuento “Talpa” se puede ver cómo la ayuda de esposa y hermano a Tanilo Santos no es del todo desinteresada; la bondad de la madrina de

“Macario” no es sino un tipo de crueldad; en “Anacleto Morones” Lucas Lucatero, a pesar de denunciar las trampas de su ex-suego, se le asemeja en maldad.

- 10 Otro episodio análogo al citado es la aceptación de Dolores a la propuesta de casamiento por parte de Páramo. Acepta sin dilación, aunque con cierto presentimiento: “aunque después me aborrezca”.
- 11 Ese es el título de un libro de la crítica brasileña Leyla Perrone Moisés. El subtítulo completa la idea del título: elección y valor de la obra literaria en escritores modernos.
- 12 La diágesis de la novela de G. Greene tiene lugar en un contexto de persecución religiosa, practicada en el sur del país por los gobernadores durante lo que se llamó “la segunda cristiada”. El cura de El Poder y la Gloria muere en circunstancias parecidas a las del personaje de Diles que no me maten, embriagado.
- 13 Ese fue un secreto que Rulfo tuvo bien guardado. Sobre los motivos puede aducirse cierta vergüenza por el estigma que acompañaba a los ex-seminaristas de aquel tiempo.
- 14 El Rulfo de las entrevistas se muestra más crítico respecto a la religión que el Rulfo escritor. Eso se observa en su comentario al cuento de Talpa (Jiménez de Báez 1990: 45). ¿Se debe ver al autor como la máxima autoridad en la interpretación de su obra, o simplemente como un lector más? La segunda opción parece más aceptable.
- 15 La Biblia de Jerusalén traduce ese pasaje como “el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca”. No hay motivo para ulteriores postergaciones.
- 16 Para detalles sobre la teología de la liberación y bibliografía sobre el tema remito a esa obra: Camorlinga, J. M. *¿Cristianismo o Marxismo, O Cristianismo y Marxismo?* Tesis para doctorado en filosofía. UNAM, México, 1992. El capítulo VII, que trata sobre “posibilidades de colaboración” (entre cristianismo y Marxismo), dedica una sección a la teología de la liberación.
- 17 “Desde o início do seu Pontificado, João Paulo II resolveu esmagar de modo sistemático a dissensão dos teólogos católicos e marginalizar os críticos a fim de que eles deixassem de incentivar os debates indesejáveis no seio da Igreja” (Politi – Bernstein, 1996: 421). El brasileño Leonardo Boff sufrió un proceso inquisitorial en que sólo faltó que lo condujeran encadenado, como en los viejos tiempos (*Ibid.*, p. 416).
- 18 El mismo Rulfo afirmó que muchos de los nombres de sus personajes son simbólicos (Jiménez de Báez, 1990: 63).
- 19 ¿Era realmente hermosa Susana San Juan? Puede tratarse de alguien cuya belleza deterioraron el tiempo y una vida de padecimientos. García Márquez, hechos los cálculos, especula que, cuando Pedro Páramo logró hospedar a Susana en la Media Luna, ella pasaba de los 60 años y él la superaba un poco. La de él, por consiguiente, sería una “pasión senil sin alivio” (Valencia Solanilla, in Medina 1989: 310-311).

- 20 El cine registra casos análogos. En su película “Bella de tarde” Buñuel presenta una escena en que un cliente muestra a las chicas del burdel una cajita, cuyo contenido las alborota sobre manera. ¿Qué habría dentro? Se pregunta el espectador. El mismo Buñuel, preguntado al respecto dijo ignorarlo por completo (J. G. Couto, FSP, 20/02/2000, Mais, p. 7).
- 21 Arrigucci Jr. (1987) explica la reticencia de Rulfo aplicándole la máxima de Wittgenstein: “aquello de lo cual no se puede hablar, debe callarse (wovon man nicht reden kann, darüber muss man schweigen” (Wittgenstein 1994: 130). El silencio de Rulfo, tanto en su vida como en su literatura impresionaba a mucha gente. La poda a que sometió sus textos se proponía la participación activa del lector. Rulfo logró expresar el silencio con palabras (Melgoza, 1984: 10).
- 22 De acuerdo con la doctrina de la Iglesia Católica, con la muerte se acaban las posibilidades de reorientar la vida. Morir en pecado mortal implica la condenación eterna. Las impurezas derivadas del pecado venial se purifican en el purgatorio. En Pedro Páramo vemos una aplicación *sui generis* de esa doctrina: se atribuye al sacerdote poder para revertir una situación irreversible, cual es la salvación de Miguel Páramo, muerto en pecado.
- 23 El “Catecismo Holandés” observa que, a diferencia de ciertos episodios del Antiguo Testamento, ninguna de las intervenciones milagrosas de Jesús tuvo carácter punitivo (p. 109). El episodio de la higuera maldecida por carecer de fruto tiene valor meramente simbólico. La actitud de Ana, al igual que la de Macario en el cuento del mismo nombre, refleja la concepción popular de las fuerzas sobrenaturales, capaces de actuar de forma positiva o negativa, según convenga al cristiano que implora.
- 24 En *Macario* encontramos algo semejante: la tía del muchacho tiene a su disposición un escuadrón de santos, listos a entrar en acción tan luego ella lo solicite. La intervención podrá ser positiva, premiando, o negativa, arrastrando a Macario al infierno.
- 25 El remordimiento aparece de modo especial en “Talpa”. Pero la conciencia de pecado no conduce a un arrepentimiento, al que corresponda un perdón liberador. De ahí la angustia de los personajes rulfianos, tanto en los cuentos como en la novela. Ni el propio sacerdote escapa, al serle negada la absolución por el colega de Contla.
- 26 Las misas gregorianas deben celebrarse durante 30 días consecutivos. Con ellas se garantiza la salvación del difunto. La eficacia depende de la celebración ininterrumpida. Siendo así, el sacerdote celebrante se hace acreedor a un emolumento, “limosna” especial. Susana San Juan se rebela contra esa comercialización del más allá, como luego veremos. Su rebelión, a la postre, será contra todo tipo de opresión sufrida por las mujeres de su tiempo.
- 27 El “Catecismo de la Iglesia Católica”, publicado bajo los auspicios del papa Juan Paulo II, suaviza la doctrina tradicional en lo tocante al suicidio al admitir atenuantes. Permite, además, que se rece por el suicida, lo que implica no considerarlo, *ipso facto*, como un réprobo (núms. 2282-2283).

- 28 La teoría de la “opción fundamental”, desarrollada en las últimas décadas daría la razón al cura de Comala. Todo ser humano, a la hora de su muerte tendrá la oportunidad de decidir en completa libertad. Y su opción penderá en una o en otra dirección según el rumbo que haya seguido durante toda la vida. Por lo tanto, una decisión de última hora no puede conducir repentinamente al infierno ni garantizar el cielo.
- 29 Nótese la aliteración: “justicia – Justina”; anteriormente encontramos que el P. Rentería “no se sentía mal, sino malo”. Recursos como ése son frecuentes en la prosa poética de Rulfo, comenzando por los títulos de las obras y continuando con los nombres de los personajes (Jiménez de Báez, 1990: 66-67).
- 30 El término deriva de Simón el mago, que quiso comprar de los Apóstoles, el poder obrar portentos. El rechazo de S. Pedro fue violento: “perece tú junto con tu dinero” (Hch 8, 18). Una de las críticas dirigidas contra la Iglesia por los Reformadores fue precisamente la de haber aceptado la oferta que el apóstol Pedro rehusó tajantemente.
- 31 Para la crítica Jiménez de Báez (1990: 83) los personajes rulfianos son “creaturas deseantes”, opinión no disímil a la del crítico uruguayo.
- 32 En la práctica, la actitud del Sr. Cura de Contla es excepción. Lo más común es otorgar la absolución sin las exigencias de rigor. Lo mismo ocurre con la administración de los otros sacramentos.
- 33 El apellido “Rentería” tiene cierta connotación comercial. Dado el esmero de Rulfo en elegir los nombres de sus personajes, no se excluye una alusión a la comercialización de las prácticas religiosas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguiar e Silva, Vitor Manuel. *Teoria da literatura*. Coimbra, Livraria Almeida, 1996.
- Amoroso Lima, Alceu. *Estudos literários*. Rio de Janeiro, vol. I, Aguilar, 1966.
- Arrigucci Jr., Davi. “Juan Rulfo: pedra e silêncio” In *Enigma e comentário, ensaios sobre literatura e experiência*. Companhia das Letras, São Paulo, 1987.
- Benjamin, Walter. *Magia e Técnica, Arte e Política Ensaios sobre Literatura e História da Cultura*. Obras ecolhidas, vol. I, tradução: S. P. Rouanet, Editora Brasiliense, São Paulo, 1996.
- Bernstein, C. - Politi, M. *Sua Santidade João Paulo II e a História oculta de nosso tempo*. Tradução de M. H. C. Côrtes. Objetiva, Rio de Janeiro, 1996, 3^a edição.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. Barcelona, Emecé Editores, 1989.

- Camorlinga Alcaraz, José María. *¿Cristianismo o Marxismo. O Cristianismo y Marxismo?* Tesis de doctorado en filosofía. México, UNAM, 1992.
- Dávalos Pardo, Irma. “Una estrella hinchada de noche”, in López Mena, Sergio, *Revisión crítica de la obra de Juan Rulfo*. México, Editorial Praxis, 1998.
- Frenk, Mariana. “Pedro Páramo”, in Martínez Carrizales, Luis (Comp.). *Juan Rulfo, los caminos de la fama pública*. Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Frye, Northrop. *Anatomia da crítica. Quatro ensaios*. Traducción E. S. Ramos. São Paulo, Cultrix, 1973.
- Gonazález Boixo, José Carlos. *Claves narrativas de Juan Rulfo*. León, Colegio Universitario de León, 1983.
- Jiménez de Báez, Yvete. *Juan Rulfo, del Páramo a la esperanza. Una lectura crítica de su obra*. Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
- López Mena, Sergio. *Los caminos en la creación de Juan Rulfo*. UNAM, 1993.
- Ludmer, Josefina. *Onetti los procesos de construcción del relato*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1977.
- Melgoza, Arturo. “Juan Rulfo entrevista”, in *Modernisadores de la narrativa mexicana*. México, SEP/INBAND/Katún, 1984.
- Pinillos, María de las Nieves. *El sacerdote en la novela hispanoamericana*. México, UNAM, 1987.
- Rodríguez Monegal, Emir. “Relectura de Pedro Páramo”, in *Narradores de esta América*. Alfadil Ediciones, Caracas, 1992, vol. II.
- Rulfo, Juan. *Toda la obra*. Edición crítica, Calude Fell (Coord.). París, ALLCA XX/Unesco, 1996, 2^a edición.
- Sanz Villanueva, Carlos et al. *Teoria de la novela. La narrativa latinoamericana*. Madrid, Sociedad Española de Librería, 1976.
- Trigo, Pedro. *Cristianismo e historia en la novela mexicana contemporánea*. CEP, Lima, 1987.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus logicus-philosophicus*. Tradução, apresentação e ensaio introdutório: Luiz H. L. dos Santos, São Paulo, EDUSP, 1994.
- Xirau, Ramón. “Crisis del realismo”, in Fernández Moreno, César (Coord.), *América Latina en su Literatura*. UNESCO/Siglo XXI México/España, 1998 (16^a edición).